

En memoria de José Carlos Chiaramonte

FABIO WASSERMAN | fwasserm@gmail.com

Facultad de Filosofía y Letras, UBA - Instituto Ravignani (UBA-CONICET)

El 1° de marzo de 2024 recibimos con sorpresa una triste noticia: José Carlos Chiaramonte acababa de fallecer. Hasta ese momento, y a pesar de tener 92 años, el destacado historiador argentino continuaba trabajando con la misma pasión de siempre. Tanto es así que además de mantener proyectos de investigación y de tener un texto en estado avanzado para ser publicado, seguía concurriendo en forma regular a su oficina en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani” que bien podría considerarse como una suerte de segunda casa desde que asumió su dirección en 1986 al regresar a su país tras una década de exilio en México. Su gestión al frente del Instituto, que se extendió hasta el año 2012, logró convertirlo en un reconocido espacio de formación e investigación que constituye un centro de referencia para la historiografía argentina y americana. Este compromiso institucional que le demandó un gran esfuerzo personal no implicó, sin embargo, que descuidara su labor como investigador. Muy por el contrario, en esos años produjo una serie de estudios que renovaron profundamente nuestra comprensión de la historia argentina y americana entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, lo que le valió ser distinguido por sus pares como uno de los más importantes historiadores del continente.¹ Si bien su vida y su obra estuvieron jalonadas por las profundas transformaciones académicas e ideológicas producidas a lo largo de más de medio siglo y por las vicisitudes políticas que atravesó su país, siempre mantuvo su independencia de criterio fundada en principios éticos, en el pensamiento crítico y en el rechazo tanto a las modas intelectuales como a la profesionalización vacua que se desentiende de los problemas del presente.

Chiaramonte nació el 3 de diciembre de 1931 en Arroyo Seco, un pueblo de la provincia de Santa Fe en el que vivió hasta los diez años cuando se trasladó a la cercana ciudad de Rosario. Ávido lector, desde joven mostró un gran interés por la literatura, la historia, la filosofía y la política que mantuvo durante toda su vida. En 1956 se graduó como profesor de filosofía tras haber completado sus estudios como alumno libre en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral. Al año siguiente comenzó a dictar la materia Historia de la Cultura Argentina en la carrera de Ciencias de la Educación en la ciudad de Paraná, mientras se desempeñaba como profesor y luego como directivo en el nivel medio. Hasta comienzos de la década de 1960 tuvo una activa militancia en el Partido Comunista, un hecho que fue decisivo en su formación, tanto en el plano intelectual y político como en los vínculos

¹ Para un panorama sobre su obra y su trayectoria realizada por distintos autores y complementada con un relato autobiográfico, una entrevista y una bibliografía, me remito al *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* n° 45, Julio-Diciembre 2016 (Número Especial en Homenaje a José C. Chiaramonte). Disponible en <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/view/545>

personales que forjó, al igual que los que mantuvo con figuras y grupos del medio intelectual y artístico santafesino y entrerriano.

Siendo un joven graduado en filosofía comenzó a interesarse por el estudio del pasado argentino y, en particular, por el pensamiento ilustrado, un tema al que le dedicó sus primeras publicaciones y sobre el cual volvería en varias oportunidades. Este interés lo pudo reafirmar cuando en 1961 obtuvo una beca para estudiar en la cátedra de José Luis Romero en la Universidad Nacional de Buenos Aires, lo que le permitió forjar nuevos vínculos académicos y ensanchar su horizonte intelectual al incorporar a su acervo algunas de las innovaciones que en esos años estaban transformando a la historiografía y a las ciencias sociales en general. A lo largo de la década de 1960 participó de diversas investigaciones individuales y colectivas orientadas tanto a la historia política y de las ideas como a la económica y social. Esto lo dotó de una sólida formación en esas subdisciplinas, un hecho que le permitiría subsanar los problemas provocados por la creciente especialización que caracterizaría al campo historiográfico décadas más tarde. Asimismo, y tomando distancia de algunas tendencias en boga que promovían una primacía de la teoría, asumió la necesidad de desarrollar indagaciones eruditas y rigurosas fundadas en evidencia empírica y en la correcta interpretación de las fuentes.

En 1971 publicó su primer trabajo de investigación importante: *Nacionalismo y Liberalismo Económico en la Argentina*. El libro examinaba las disputas políticas e ideológicas suscitadas en las últimas décadas del siglo XIX en torno a las políticas económicas proteccionistas y libremercantistas. De ese modo, intervenía en los debates sobre los Modos de Producción y sobre la existencia o no de burguesías nacionales que ocupaban el centro de las discusiones historiográficas en América Latina entre mediados de la década de 1960 y mediados de la de 1970. Pero lo hacía a su modo: con una investigación que se guiaba por preguntas propias acordes al objeto de estudio y, sobre todo, que no anteponía las conclusiones a los resultados obtenidos en la indagación. Es por eso que habiendo pasado más de medio siglo, y tras varias reediciones, el libro sigue constituyendo un trabajo de referencia.

En 1972 se trasladó a la ciudad de Bahía Blanca para desempeñarse como profesor de Historia Americana en el Departamento de Economía de la Universidad del Sur. En 1975 debió exiliarse en México como consecuencia de la intervención de la Universidad, la cesantía de gran parte de los docentes y las amenazas sufridas por éstos que se prolongaron hasta 1983 ya que la Dictadura Militar lo consideraba como un “prófugo”. Entre 1976 y 1985 trabajó como investigador en la Universidad Nacional de México y en 1984 ingresó en el Sistema Nacional de Investigadores de ese país. De aquellos años data la ampliación de sus intereses hacia la historia americana y, a la vez, su reflexión crítica sobre los enfoques marxistas que habían prevalecido en los estudios de historia económica y social que volcó en el que quizás sea uno de sus libros más importantes, pero menos conocidos: *Formas de Sociedad y Economía en Hispanoamérica* (1983). Asimismo, comenzó a plantear su distanciamiento de la impronta nacionalista que había teñido a la historiografía argentina del siglo XIX que se expresó en sus primeros avances sobre lo que entonces caracterizaba como “la cuestión regional” y que más tarde integraría en el libro *Mercaderes del Litoral, Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX* (1991).

Tras el terremoto que sufrió México en septiembre de 1985 decidió regresar a la Argentina para ingresar a la Carrera de Investigador del Conicet. Al año siguiente aceptó el desafío de asumir la dirección del Instituto Ravignani, al que con gran tesón logró convertir en un destacado centro de investigación en

el marco de un más amplio proceso de construcción en la Argentina democrática de un campo institucional y académico para la historiografía y para las humanidades y ciencias sociales en general. Para ello, debió lidiar con trabas burocráticas e institucionales, problemas edilicios, falta de personal y recursos escasos. Si se me permite, quisiera introducir una nota personal que ilustra esta transformación: cuando en 1992 aceptó dirigir mi tesis de grado y una beca de formación, los investigadores que tenía el Instituto podían contarse con los dedos de una mano; cuando dejó la dirección dos décadas más tarde, éstos alcanzaban varias decenas y se habían conformado numerosos equipos enfocados en diversos períodos y problemas. En ese sentido, y a pesar de que solía ser inflexible en sus posiciones e interpretaciones, debe destacarse su amplitud de miras ya que no dudaba en cobijar líneas de investigación sobre temas que no eran de su interés o que apelaban a enfoques con los que no coincidía.

Su obra, en particular la producida a partir de su regreso a la Argentina, promovió una profunda renovación de la historia argentina y americana del siglo XIX. En ese sentido se destaca su revisión y reinterpretación de temas tradicionales en campos tan diversos como la historia económica, política, institucional y de las ideas. Es el caso de la relación entre la Ilustración y la Revolución de Mayo, el rol del capital comercial en la estructuración de la economía colonial y postcolonial, la naturaleza del federalismo argentino, o la centralidad del Derecho Natural y de Gentes en la sociedad americana pre y postrevolucionaria. Pero sin duda su aporte más influyente fue su indagación sobre el origen de la Nación Argentina y el rol jugado en ese proceso por las ciudades y las provincias soberanas durante la primera mitad del siglo XIX, indagación que luego extendió hacia el resto de Iberoamérica y que logró plasmar en varios trabajos entre los cuales se destacan los libros *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la nación argentina* (1997) y *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias* (2004).

En Argentina su obra se convirtió en un insumo fundamental para la formación de historiadores y profesores de historia. Pero también logró trascender el ámbito académico, tal como se puede advertir en los manuales escolares, en los diseños curriculares, en los guiones de museos, y en numerosas producciones escritas y audiovisuales ficcionales o documentales. Con relación a esto último, debe señalarse que nunca creyó que la labor académica debiera aislarse del debate público y de los problemas de la sociedad, por lo que también intervenía en discusiones suscitadas por temas de interés social a través de textos y entrevistas publicados en medios de comunicación masiva.

Dueño de una prosa elegante, tanto sus trabajos de investigación como sus intervenciones públicas se caracterizaron por el rigor, la erudición, la claridad y la precisión. Estas cualidades también se evidenciaban en sus intervenciones orales en las que afloraba su vena polémica que utilizaba para sostener con pasión sus posiciones.

Quienes tuvimos la suerte de trabajar con él pudimos acceder a otras dimensiones de su personalidad que permiten apreciar mejor la riqueza de su obra y la excepcionalidad de su persona, comenzando por sus dotes como conversador y su gran curiosidad por las cosas del mundo que excedía largamente lo específicamente intelectual. José Carlos gustaba charlar con todo el mundo, ya sean colegas consagrados o jóvenes estudiantes. Una conversación con él podía comenzar por la obra de un ignoto pensador europeo del siglo XVIII, seguir con una anécdota sobre un político del siglo XIX, para pasar a reflexionar sobre el estado de la disciplina, y de ahí saltar a una formación de su querido

Newell's Old Boys. Y, desde luego, también incluía consideraciones sobre la mejor forma de preparar una receta de cocina o las virtudes de un vino, cuestiones sobre las que no aceptaba discrepancia alguna. En esas conversaciones, que casi indefectiblemente incluían referencias literarias o filosóficas y algún chisme sobre colegas, mostraba siempre el mismo entusiasmo y sus ganas de compartir sus hallazgos o conocimientos sobre los más diversos e inesperados temas. Es por eso que aunque sus trabajos nos van a seguir acompañando, difícilmente logren que dejemos de extrañar su conversación y su curiosidad contagiosa sobre las cosas del mundo.